

UNA AVENTURA EN EGIPTO

Como todos los días a las 9:00 de la mañana, Didelina, una ratoncita muy especial, iba al picadero, para montar su caballo Galupi. Ella vivía en El Cairo desde hacía varios meses. Camino del picadero, Didelina se encontró con Didel, el dueño, el cual según la vio acercarse, salió corriendo como un loco a su encuentro.

- Didelina el picadero está ardiendo. El único caballo que no he podido sacar ha sido Galupi. Me imagino que ha sido porque te estaba esperando.

Nada más oírlo, Didelina corrió disparada hacia el picadero. Didel casi no podía seguirla por lo rápido que iba. Según se iban acercando se oían los relinchos de Galupi. Eso provocó que Didelina acelerase aun más la marcha.

Al llegar al picadero, el espectáculo era terrorífico. Todos los establos estaban ardiendo, las llamas crecían por momentos debido a todo el forraje almacenado. Didelina entró corriendo en el establo de Galupi. Intentó acercarse pero el caballo estaba muy nervioso, por tanto, Didelina tuvo que chillar para que la reconociese y se tranquilizase lo suficiente para poder montarlo. Una vez que esto ocurrió, lo montó y salió corriendo.

Y aquí comienza nuestra historia...

Galupi galopó como alma que lleva el diablo. Didel, viendo la velocidad con la que salió del establo, corrió a por su caballo y empezó a perseguirlo.

Parecía que Galupi no pararía nunca, y al final no sabemos si paró o no, lo que si sabemos es que cuando al día siguiente se despertaron, no tenían ni idea de donde podían estar. Después del sobresalto inicial, se fijaron un poco más y se dieron cuenta que estaban en un oasis. ¿Y cómo se dieron cuenta, os preguntareis? Pues bien en primer lugar estaban en una especie de jardín rodeado de palmeras, con un gran lago en el centro y todo lo que lo rodeaba era un mar de arena.

Didelina ató a Galupi a una palmera mientras bebía agua.

Mientras tanto, Didel seguía el rastro de Galupi y Dedalina. Pero de repente se vio envuelto en una tormenta de arena. Didel nunca había visto una, pero se acordó de lo que había visto en las películas y tapó la cabeza de su caballo, y tapó su cara y se resguardó lo mejor que pudo hasta que la tormenta amainó.

Didel creyó ver en la lejanía un oasis. Al principio no sabía si era un espejismo propio del calor. Para comprobar la realidad empezó a acercarse hasta que estuvo a las mismas puertas del oasis.

- Didelina ¿eres tú? - gritó Fidel.

Didelina se dio la vuelta. El hecho de ver una cara conocida no tenía precio.

Didel ató su yegua junto a Galupi y salió corriendo a fundirse en un abrazo con Didelina.

Galupi y Rally (la yegua de Didel) tenían dos secretos. El primero era que además de relinchar, los dos caballos hablaban y el segundo que al igual que sus dueños ellos también estaban enamorados.

A la mañana siguiente se levantaron muy temprano. Al explorar el oasis descubrieron unas antiguas ruinas de lo que debió ser una bonita ciudad, se encontraba detrás de la única elevación del terreno que había en el oasis. Lo primero que pudieron observar fue que la ciudad estaba dividida en cuatro zonas bien delimitadas por dos grandes avenidas que se cortaban en un ángulo recto perfecto.

Mientras bajaban camino de las ruinas Didelina pensó que aún no le había preguntado a Didel que hacía allí. Ella si sabía su motivo, pero desconocía el suyo. Ese pensamiento empezó a ponerla un poco nerviosa, no sabía si preguntárselo directamente o esperar a que surgiera la conversación.

Mientras iba dándole vueltas al tema y de manera inconsciente, Didelina preguntó:

- ¿Por qué me has seguido?

En ese momento Didel se paró y puso cara de sorpresa, pero empezó a hablar de forma desordenada.

- No sabría - dijo - no tengo claro, no se... cuando vi que todo lo que tenía se había convertido en cenizas y tú salías galopando a toda velocidad no me lo pensé dos veces, monté a Rally y te seguí. Desde hace tiempo te amo en silencio y nunca me he atrevido a decírtelo por temor a que te burlaras de mí.

- Pues yo no me había percatado de nada - contestó Dedalina a la vez que se sonrojaba.

Después de este pequeño parón, siguieron andando ladera abajo, charlando muy animadamente. Casi sin darse cuenta se encontraron en el centro de la ciudad, justamente en la intersección de las dos grandes avenidas.

Sobre el terreno pudieron comprobar como cada una de las cuatro partes que conformaban la ciudad tenían características diferentes. La primera de ellas estaba formada por lo que en su día debieron ser bellos palacios, la segunda por enormes templos, la tercera de grandes monumentos y la cuarta de humildes casas.

- ¿Dónde te parece que debemos entrar? - preguntó Didel.

- Pues no sé - contestó Didelina. - Creo que podríamos entrar en esta parte en la que hay grandes monumentos.

Dicho y hecho. Mientras hablaban llegaron a lo que parecía el sitio donde se juntaban los sabios y jefes de cada parte de la ciudad. En este lugar había una gran estatua central que representaba una figura que no lograron reconocer y cuatro sillones (uno a cada lado de la estatua).

Después de inspeccionar, tanto los sillones como la estatua, vieron una especie de entrada a un largo pasillo. Sin pensárselo dos veces Didel encendió una antorcha y se adentró en el pasillo. Al principio notaron un cambio brusco de temperatura. Poco a poco se fueron acostumbrando tanto a la temperatura como a la oscuridad. El pasillo parecía no tener fin, pero al cabo de un rato los dos ratones entraron en una extraña

habitación.

Con la ayuda de la antorcha inspeccionaron la habitación y lo único reseñable era una pequeña piedra en el centro de la habitación que tenía una especie de mapa en relieve.

Didelina y Didel miraron esa especie de mapa con mucho interés a ver si conseguían descifrar algo.

- ¿Sabes qué puede significar este mapa? - preguntó Didel.

- Pues no lo sé, pero podríamos salir fuera que me estoy empezando a agobiar - contestó Didelina.

Muy lentamente avanzaron recorriendo en sentido inverso el camino que habían seguido para entrar. Cuando llegaron a la salida el sol les cegó y tardaron un rato en acostumbrarse a la luz brillante. Observando el mapa comentaron:

- Yo creo que el árbol y las montañas indican el camino hacía el oasis del que hemos venido - comentó Didel.

- Es verdad - comentó Didelina - entonces el resto de los símbolos deben hacer referencia a las distintas partes en las que hemos visto que se divide esta ciudad.

Para poder ver si tenían razón volvieron a la intersección de las dos calles.

- Identifiquemos los distintos símbolos - comentó Didelina - creo que la torre hace referencia a los poderosos, el grupo de piedras es una especie de camino, por tanto creo que hace referencia a los intelectuales, la casa derruida al pueblo llano y el cofre a los que manejan el dinero.

- Ahora sólo nos falta asignar esas descripciones a las distintas partes que conforman la ciudad - dijo Didel.

Para que fuese más sencillo, Didelina se agachó y con un palo escribió en el suelo dos columnas con la siguiente información:

Poderosos Palacios

Intelectuales Templos

Pueblo Llano Monumentos

Administradores Humildes casas.

En un primer vistazo pudieron relacionar dos valores: los poderosos suelen vivir en palacios, y el pueblo llano en humildes casas. Ahora sólo les quedaban dos valores en cada columna: intelectuales y administradores en una y templos y monumentos en otra.

Esto parecía un poco más complicado. De repente Didelina dio un grito y dijo:

- Ya lo tengo. En muchas culturas los sacerdotes han ejercido tanto el poder político como el religioso, así que yo creo que los templos se corresponden con el cofre. Además, en el lugar donde hemos encontrado este mapa parecía que se reunían los intelectuales que están buscando siempre un camino a seguir.

- Pues yo no lo veo tan claro - contestó Didel.

- Pues no sé que es lo que no ves - replicó Didelina un poco enfadada - lo que no tendría sentido es hacer un mapa que se apunte a si mismo, por tanto, yo creo que deberíamos explorar la zona de los templos.

- No sé - dijo Didel - pero lo que hagamos, hagámoslo ya. Está empezando a anochecer y no quiero pasar la noche en este lugar.

Enseguida se encontraron en la zona de los templos. Era una zona extraña, ya que había templos de todos los tipos y tamaños, pero uno de ellos les llamó la atención sobre el resto.

Era un templo que a cada lado de la puerta principal se podía ver una cacerola con lo que podíamos definir como monedas que asomaban por encima de los bordes.

- Entremos en este - gritó Didelina entusiasmada.

Cuando entraron no podían creer lo que estaban viendo, el cofre del mapa

se encontraba ante sus ojos lleno de piedras preciosas. ¡Con esto no tendremos que volver a trabajar nunca más! gritaron. Cuando Didel se iba a lanzar sobre el tesoro, Didelina gritó:

- Quieto, cogeremos sólo lo necesario para poder vivir cómodamente el resto de nuestras vidas, pero no cogeremos nada más, además dejaremos el mapa donde lo encontramos por si alguien más consigue encontrarlo.

- "OK", me parece correcto - contestó Didel - el egoísmo y la avaricia nunca han sido buenos compañeros.

De esta forma, Didel y Didelina, cogieron la cantidad de piedras preciosas necesarias para poder vivir el resto de sus días y dejaron el mapa en el lugar donde lo habían encontrado.

Mientras tanto Galupi y Sally, viendo que sus amigos no llegaban, se habían soltado y habían seguido sus huellas hasta la ciudad. Cuando Didelina y Didel los vieron dieron un salto de alegría, ya que así se libraban de tener que cargar con las piedras que habían recogido.

Cargaron las piedras en Galupi y Sally, y emprendieron el galope hacía el horizonte.

Paloma Yllana González, 11 años.

Madrid